

le fué mas sensible que todas las penalidades del cuerpo. Por fortuna casi no tuvo otras consecuencias que los primeros temores. Amaba justamente el Santo Pontífice al emperador Mauricio á causa de la estrecha amistad que se profesaban largo tiempo antes, y mucho mas por el celo de este príncipe en sostener y procurar todo lo que se dirigia al bien de la Iglesia. Espidió sin embargo este emperador una declaracion que vedaba á sus súbditos, que habian desempeñado oficios públicos ó estaban alistados en la milicia, abrazar la vida monástica. Desconsolose el Papa en extremo con una orden que le parecia cerrar la puerta de la salvacion á un gran número de fieles, é hizo vivas reclamaciones (1), aunque sujetándose previamente á la autoridad que tenia derecho sobre las cosas de este orden. Asi se explica el Santo, y él mismo remitió el rescripto imperial á las diferentes provincias (a). Esta conducta edificó de tal modo al emperador, que este modificó su ordenanza y prohibió solamente el recibir en los monasterios á los hombres ocupados en los negocios públicos antes que hubiesen dado sus cuentas. Por lo que hace á los militares, ordena que se examine bien su vida, y que no se admitan á la profesion religiosa hasta despues de haberlos probado tres años vestidos de seglares. Esta era la regla general establecida en otro tiempo por las Novelas de Justiniano; mas San Gregorio se contentaba con dos años de pruebas para las clases ordinarias: en los militares nada disminuía de los tres años, y encargaba que en todo este tiempo se hiciese cuidadosa esperiencia de su vida y de sus costumbres, por temor de que al-

(1) VII. Ind. 1, Epist. 2.

(a) Aunque el Papa envió esta ley á algunas provincias, no la aprobó, sino en la parte en que se podía ejecutar. (N. del E.)

guno de ellos se arrepintiera despues del estado que habia abrazado.

Mucho mas culpable se hizo Mauricio por un rasgo de dureza, tan funesto en sus consecuencias como difeíl de conciliar con el carácter tierno y benéfico de este emperador. Habiéndole ganado una batalla el Kám ó rey de los ávaros, rehusó pagar el rescate de los prisioneros, aunque solo se exigia por cabeza la sesta parte de un sueldo de oro; es decir, cuatro óbolos, que viene á ser una peseta de nuestra moneda. Inspiró en el vencedor bárbaro tal cólera esta sordida repulsa, que inmediatamente mandó quitar la vida á los soldados romanos en número de doce mil. Sintió entonces con tanta fuerza su culpa el emperador, que remitió dinero y cirios á las principales iglesias y monasterios para que rogasen al Señor que le castigase en esta vida mas bien que en la otra, y logró el cumplimiento de sus deseos.

Habiendo querido en el año 602 obligar á sus tropas á pasar el invierno al otro lado del Danubio, se amotinaron con furor, arrojaron á su general Pedro, hermano de Mauricio, y proclamaron emperador á un mero centurion llamado Focas. Siguió la ciudad imperial el ejemplo del ejército, y Mauricio se vió en la necesidad de huir de noche, despues de haber abandonado todas las insignias de su autoridad, que ya solo le servian para aumentar su consternacion. No por esto dejaron de conocerle: aprisionáronle con su muger, cinco de sus hijos y sus tres hijas, esto es, con todos los que tenia, menos el mayor llamado Teodosio, á quien ya habia hecho coronar emperador, y que por entonces escapó de las manos del tirano. Mauricio y sus cinco hijos fueron degollados sin piedad cerca de Calcedonia. Comenzó la mortandad por los jóvenes príncipes, á quienes quitaron la vida á presencia de este desgraciado padre, sin que prorumpiese

en una sola queja. Solo pronunció durante la carnicería estas palabras del Salmo: *Justo sois, Señor, y vuestro juicio es recto*. Sucedió que el ama del mas tierno de estos príncipes, para libertarle la vida, sustituyó su propio hijo, teniendo bastante valor para entregarle á los verdugos. Mauricio lo conoció y lo advirtió á Focas, diciendo que no era justo que padeciese el inocente por el culpado. Quitaron tambien la vida al hermano del emperador y á muchas personas de la primera distincion (1). Verificóse esta espantosa escena el martes 27 de noviembre del año 602, despues que Mauricio habia reinado veinte años y tres meses. Una de sus hijas, llamada Sópatra, halló su santificacion en las calamidades de su familia, y subió á tan sólida virtud que la Iglesia la venera como Santa.

Coronó á Focas el Patriarca Ciriaco, y se enviaron á Roma sus imágenes. El Santo Papa no podia verlas sin horrorizarse; pero se sometió á los terribles decretos de la Providencia, y aun escribió al nuevo soberano para procurar todo el bien, ó á lo menos para estorbar todo el mal posible (2). Al propio tiempo le pidió socorro contra los lombardos, cuya audacia se aumentaba con las revueltas del imperio. Pero Focas, bastante confuso y ocupado con las consecuencias ordinarias de los grandes atentados, no estaba en disposicion de podérselo enviar. Vióse obligado el Pontífice á emplear el recurso acostumbrado de agotarse en liberalidades para preservar la sangre de los fieles (a).

(1) Theoph. Simoc. lib. 8, c. 10; Pasch. Chron. ann. 602.

(2) Lib. 2 Epist. ep. 38.

(a) Esta solicitud del gran Pontífice San Gregorio, dice muy bien un autor, no solo prueba su caridad heróica y su cuidado y atencion al bien temporal de Italia, sino que indica tambien, lo que es muy cierto, que la Silla Apostólica gozaba ya entonces de algun dominio y de cierta especie de soberanía; si asi place llamarlo, en varias ciudades de la misma Ita-

Consumido en fin San Gregorio de trabajos, de pesares y enfermedades, dió su alma al Criador en 13 de marzo del año 604, despues de haber ocupado la Santa Sede trece años, seis meses y diez dias. Diéronle sepultura en San Pedro, cerca del lugar

lia. Asi pueden explicarse varios hechos en las cartas de San Gregorio. En una de ellas (lib. 2, ep. 31) dirigida al clero, magistrado y pueblo de la ciudad de Nepi, dice que tenia destinado para el gobierno de su ciudad á Leoncio, hombre ilustre, á fin de que velase sobre todo lo que podia ser útil á la república: les encarga ademas, que en todas las cosas le obedezcan prontamente como si fuera él mismo, y les amenaza con su indignacion, si no guardaban el debido respeto y sumision al nuevo gobernador. El mismo acto de autoridad ejerció con Nápoles, señalando para el gobierno de ella á un tribuno llamado Constancio, y mandando á todos los soldados de su guarnicion que se sujetasen á sus órdenes. Asimismo de otras dos cartas suyas parece inferirse el dominio de la Iglesia romana sobre las ciudades de Otranto y Calipoli, pues dice espresamente el Soberano Pontífice ser notorio que ambas pertenecen á la propiedad de su iglesia. En otra ocasion mandó á Escolástico, juez de la Campania, que formase el proceso, é hiciese sufrir el merecido castigo á los autores de una gravísima injuria cometida contra Pablo de Nepi, visitador de Nápoles. De otra carta suya parece haber estado encargado el Santo de que no faltasen en Roma los granos necesarios para el sustento de los ciudadanos, pues dice el Santo: *Quaesitum est unde culpabiles videremur cur frumenta defuerint, quae in hac urbe diu multum servari nullatenus possunt*. Quéjase tambien en otra carta de que no solo tenia que tener el cuidado espiritual de los obispos, clérigos, monasterios y pueblo, sino que tenia tambien que estar alerta contra las asechanzas de los enemigos y contra los fraudes y malignidad de los gobernadores (Lib. 5, ep. 42 ad Sebast. ep. Rhizin.). Con motivo de todo esto decia el mismo S. Gregorio: «Cualquiera que llega al puesto que yo ocupo, se halla abrumado de negocios hasta tal punto, que muchas veces puede dudar si es príncipe ó Pontífice.» Ni es de extrañar todo esto: asolada la Italia por los bárbaros y casi abandonada de sus soberanos los emperadores de Oriente, se veía reducida á la desesperacion. En medio de estas grandes calamidades, los Papas eran el único refugio de los desdichados; todos volvian los ojos hácia ellos y sin quererlo y por sola la fuerza de las circunstancias fueron sustituidos al emperador. Italianos, hérulos, godos, lombardos, todos estaban de acuerdo sobre este punto; y en vano será cuanto digan los ridiculos declamadores contra la potestad temporal de los Papas. Pero basta por ahora esta ligera indicacion, que en otros lugares de esta Historia tendremos ocasion de hablar sobre este mismo asunto. Véase la disertacion del cardenal Orsi: *del origen del dominio del Romano Pontífice sobre los Estados temporales que le están sujetos*, con las notas y adiciones del abate Cenni; y *el Buen uso de la Lógica en materia de Religion*, por Muzzarelli, opúsculo XV, *del dominio temporal del Papa*. (N. del E.)

donde reposaban San Leon y algunos de sus mas ilustres antecesores.

Entre todos los Papas, San Gregorio es de quien se conservan mas escritos, sin contar entre ellos los Comentarios sobre el libro de los Reyes, y sobre el Cántico de los Cánticos que se cree son de Claudio, abad de Classe, aunque se encuentran entre las obras de San Gregorio. Escribió de memoria dicho abad lo que habia aprendido del santo doctor, no solo sobre el libro de los Reyes, sino tambien sobre el Pentateuco, los Profetas y los Proverbios. Notó el Santo que el abad habia alterado su sentido en muchos lugares, é hizo retirar los escritos despues de muerto Claudio: lo que no estorbó que se introdujesen con el tiempo en la coleccion de las obras de este santo Papa. Las que compuso indudablemente San Gregorio son los Morales sobre Job, divididos en treinta y cinco libros; veintidos homilias sobre Ezequiel, cuarenta sobre los Evangelios, cuatro libros de diálogos y doce de cartas (a). Son ente-

(a) Un tesoro inestimable de erudicion eclesiástica son las cartas de San Gregorio, tan provechosas para la direccion de los negocios públicos como para la edificacion de las costumbres. Todas tienen un mismo estilo, pues las dictó el Santo palabra por palabra. En unas da las mas saludables instrucciones á todo linaje de personas, á los obispos, á los clérigos y á los monges; á los emperadores y á los reyes, á los ministros y magistrados, á los guerreros y á otros sujetos de todo grado y condicion. En otras decide las controversias pertenecientes á la fé, para impugnar las antiguas y reprimir las nuevas heregias. En otras por fin promueve la predicacion del Evangelio entre las naciones bárbaras, exhorta á la union, concordia, paz y buen orden, y atiende generalmente á todas las necesidades de la Iglesia. Quando se leen con atencion, no puede uno menos de llenarse de asombro al ver la laboriosidad y celo de este gran Papa que aplicado á los negocios públicos y de la mayor importancia no por eso desatendia aun los mas mínimos y particulares.

Entre las muchas cartas que componen sus doce libros, hay cuatro dirigidas á San Leandro de Sevilla; una al rey Recaredo, otra á Claudio, general de los reales ejércitos y gobernador de Mérida, en cuya carta le recomienda el abad Ciriacó que salta para España; cuatro á Juan, defensor ó su enviado en España, y otra á Vidal, tambien defensor. El rey Recaredo luego que supo la elevacion de Gregorio al Pontificado, le envió, segun costumbre, una embajada para visitarle y ofrecerle la debida y necesaria obediencia. Para ello

ramente suyos el Antifonario y el Sacramentario, excepto algunas adiciones que se han hecho, como sucede con frecuencia en este género de obras. El estilo de este Padre y su diction se resienten del mal gusto de su siglo; pero la uncion divina que caracteriza su elocuencia recompensa con ventaja este defecto.

Consérvanse su cuerpo, su palio, su ceñidor y un relicario que llevaba al cuello, y que se presume haber equivalido á la cruz

escogió personas principales, y en particular á Probrino presbítero y á algunos otros abados. Dióles á este efecto sus cartas y juntamente algunos presentes de oro, además de trescientos vestidos para los pobres de San Pedro de Roma, pues en aquel tiempo los pobres y los hospitales se sustentaban de las rentas eclesiásticas. Para enviar esta embajada mediaba tambien la circunstancia del Concilio celebrado en Toledo; y así cree Mariana que se envió tambien «para procurar que el Concilio toledano celebrado poco antes, sus acciones y decretos fuesen aprobados por la Iglesia romana, á quien es necesario; añade, hacer recurso en las cosas eclesiásticas, y de donde los estatutos de los Concilios toman su vigor y fuerza.» Los embajadores trabajados por la navegacion que hubo de serles larga y dificultosa, y forzados por los temporales á volver á España, gastaron mucho tiempo en el camino y en Roma. En la carta de San Gregorio al rey Recaredo le anima á llevar adelante la Religion recibida y al mismo tiempo le felicita de que las obras y frutos fuesen conformes á la profesion que hacia; pues habiéndole ofrecido los judios gran cantidad de dinero para que revocase una ley que contra ellos se promulgara, no quiso venir en ello. Con la carta le envió el Pontífice una Cruz en que estaba engastada una parte de la verdadera Cruz y unos cabellos de San Juan Bautista; envióle tambien dos llaves, una tocada al cuerpo de San Pedro, y en la otra habia unas limaduras de las cadenas con que el mismo Santo Apóstol estuvo preso. Al mismo tiempo envió para San Leandro el pálio.—En la carta á San Leandro le dice el Pontífice que con el presbítero Probrino le enviará los libros que el mismo Gregorio habia escrito á instancias y por respeto del mismo San Leandro, á saber, su Pastoral y su esposicion de Job. «Dicese comunmente entre los españoles, añade Mariana, que los embajadores á su regreso de Roma trajeron una imagen de Nuestra Señora entallada en madera, presentada por el mismo Gregorio á Leandro, y que es la misma que gran tiempo adelante se halló en cierta cueva con los cuerpos de San Fulgencio, obispo de Écija; y santa Florentina su hermana, y con suma devocion es reverenciada en Guadalupe, monasterio de Gerónimos.»—Se supone que San Gregorio escribió otras muchas cartas á San Leandro, puesto que se profesaban muy estrecha amistad, pero no se han conservado todas. Las once citadas se pueden ver en el tom. 2 de la coleccion de Aguirre, pág. 398 y sig. (N. del E.)

pectoral que llevan nuestros obispos (1). Este relicario es una cajita de plata en estremo pequeña, que muestra como todas las cosas que usaba el Santo la simplicidad y pobreza evangélica de un Pontífice por otra parte tan grande y tan magnifico en sus liberalidades. Habia mandado pintar su retrato en su monasterio de San Andrés, para que su vista recordase mas tiempo á sus monges el espíritu de sus lecciones y de su profesion.

El diácono Juan, que habia visto este cuadro, nos ha dejado con arreglo á él la siguiente pintura de San Gregorio (2). Era de alta estatura, su rostro no era largo ni redondo, sino que guardaba un término medio, los cabellos bastante negros y encrespados; la cabeza por delante calva con dos pequeños copetes, la corona grande, la barba mediana, la frente hermosa, la fi-

sonomia noble y muy grata. Consistia su hábito en una planeta ó casulla de color castaño, una dalmática con el pálio envuelto al rededor de las espaldas y pendiente por un lado. Añade el diácono Juan que era costumbre pintar al Espíritu Santo en figura de paloma sobre la cabeza de este Padre: tan persuadidos estaban de la asistencia que recibia de él; tanto se hace sentir su uncion divina en la lectura de sus obras; tan llenos están de luz y de fuego sus escritos, y de una doctrina siempre exacta, conteniendo casi ellos solos todo el cuerpo de la Religion, las verdades de la fé y de la moral en su mayor pureza.

Tal fué en el orden de los tiempos el último de los cuatro Padres que se creyó poder comparar con los cuatro Evangelistas; y tal en el orden del mérito uno de los mas ilustres doctores de la Iglesia.

## LIBRO VIGÉSIMO-PRIMERO.

Desde la muerte de San Gregorio el grande en el año 604, hasta la condenacion de los Monotelitas en el de 681.

LA Iglesia va á presentar sin duda una faz muy diferente de los rasgos brillantes de su primera edad; pero á través de esas sombras y estraños celages se la verá siempre semejante á sí misma, al menos en cuanto á sus caracteres esenciales y principalmente en cuanto á la identidad de su doctrina con respecto al dogma y á la moral. Habia ya

triunfado de las naciones cultas, del valor y del poder romano, de los artificios y de toda la sutileza de la Grecia; y ahora va á triunfar igualmente de un modo tan visiblemente divino de la groseria y estúpida ferocidad de los bárbaros.

No aparecerán ya á su frente los Agustinos, los Basilio, los Crisóstomos: estos genios prodigiosos no existen ya; y el último de estos antiguos Padres de la Iglesia

(1) Joann. Diac. lib. 4. Vit., cap. 80.

(2) Id. ibid. cap. 70.